



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Eliseo Meiffren.)



— Dicen que mi cuadro es triste  
y pálido... ¡pues me alegro!  
pero yo sé que consiste  
en que para mí no existe  
lo negro... ¡muera lo negro!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada—Pax vobis, por Sinesio Delgado.—La vía láctea, por Juan Pérez Zúñiga.—Humoradas cómicas, por Constantino Gil.—Exposición, por Eduardo Bustillo.—El Gran Capitán, por Angel M. Chaves.—Arbol caído, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Eliseo Meiffren, por *Metachis*.—A grandes males... (ocho viñetas).—El Gran Capitán (cuatro viñetas).—Actualidades, por Cilla.



## DE TODO UN POCO

Dada la veleidat de la temperatura y la escasez de recursos, pocas serán las familias que veraneen hogaño; pero hay quien no puede prescindir de su viaje anual, aunque tenga que acudir á la casa de empeño con alhajas y ropas en buen uso, para obtener los fondos necesarios.

Dentro de un mes ya habrán salido de Madrid las de López Estearina, que antes dejarían de comer que de veranear en Biarritz, ó las de Gurrumillo, que se pasan dos meses en Carabanchel Bajo, y vienen después diciendo que han estado en Panticosa con la infanta D<sup>a</sup> Eulalia y otras damas de la gran deza.

Así como hay quien viaja todos los años, y si no viaja se muere, hay quien no sale nunca de Madrid y se dedica á andar por las casas despidiendo gente.

—Los de Pezuñín se van el lunes. Hay que ir á decirles adiós—murmura una de esas señoras atentas y aficionadas á las despedidas.

Y ya les ha caído que hacer á los de Pezuñín.

Un viaje necesita siempre preparativos, y antes de salir de Madrid hay que dejar las cosas en su sitio; hacer los baúles, disponer la merienda y dedicarse á última hora á una porción de detalles importantes; y á última hora, precisamente, es cuando acuden los amigos á hacer las visitas de despedida.

En la sala reina el mayor desorden. La señora da vueltas sin cesar para recoger la ropa y guardarla en el armario; el esposo anda de aquí para allá, dictando órdenes, tropezando con los baúles y recontando en un rincón el dinero del viaje. Los niños, locos de alegría, saltan y bullen, y se van á la cocina á oler la merienda y abren los sacos de noche y pretenden llevarse á provincias todos sus juguetes, incluso el gato.

—Verónica—dice el esposo á su mujer,—¿has metido en el baúl mi dentadura nueva?

—Sí, hombre, sí; déjame, por Dios, que tengo la cabeza como una olla de grillos.

—No te olvides de meter también mis navajas de afeitar. Ya sabes que en Fuenterrabía afeitan malísimamente. El año pasado fueron á afeitar á un sacerdote y le hicieron un siete en la sota barba.

—¡Jesús, Jesús! ¡Qué mareo! ¿Dónde estarán ahora tus calcancillos de baño? Yo los dejé antes sobre estas botas...

—Búscalos, mujer. Ya sabes que les tengo cariño porque con ellos me conociste en Santoña hace doce años...

En aquel momento penetra en la casa la familia Fernández, que va á despedir á los viajeros.

—No hemos querido dejar de decir á ustedes adiós—exclama la señora arrojándose en los brazos de su amiga.

—¿Por qué se han molestado ustedes?—dice ésta dejando caer una caja de cartón, para contestar al abrazo.

Los Fernández no vienen solos; traen también á los niños, que en cuanto ven los baúles se suben encima. Los niños de la

casa fraternizan con los recién llegados y entre todos aman un estrépito infernal.

—Llevamos merienda—dice uno.

—¿Dónde está?—pregunta otro de los Fernández.

—En la cocina. ¿La queréis ver?

Y todos se lanzan sobre el fogón, con gran disgusto de la cocinera, que empieza á gritar:

—¡Señorita! Llame usted á los niños, que están jugando con el jamón y lo pueden manchar.

Claro que la familia Fernández merece ciertas atenciones, y no es cosa de dejarla sola, por lo cual tienen que suspender los preparativos del viaje.

—Pues, hija—dice el esposo Fernández,—nosotros no podemos salir de Madrid este año, porque tango que estar aquí para ver si se deshinchá un amigo del alma.

—¿Cómo es eso?—pregunta Pezuñín.

—¿Conoce usted á Salmonete, el del Tribunal de Cuentas? Pues ha estado en la oficina componiendo un paraguas—por que allí es donde él va á componer las cosas que se le rompen,—y de pronto sintió una cresa así como un vabido y al día siguiente estaba hecho un monstruo. ¿Cómo quiere usted que me vaya á los baños dejándole así?

—Naturalmente.

La señora de la casa no cesa de dirigir miradas á su alrededor, recordando que faltan aún muchos detalles. El esposo, á su vez, piensa en una porción de cosas necesarias y Fernández continúa hablando de la hinchazón de Salmonete, de la temperatura, del Gobierno, de la guerra separatista y de la salud de Primo de Rivera.

Tras la familia Fernández entra otra, también con el propósito honrado de despedir á los viajeros, y después llega un amigo de Pezuñín, y una prima, y una viuda con un niño, que se pasa llorando toda la sesión. Pezuñín y su mujer están desesperados, pero sonrían y tienen que sostener la conversación y agradecer las visitas, y en estas y las otras llega el momento crítico de echar á correr.

—Ya no podemos detenernos: ustedes dispensen—dice Pezuñín.

—¿Pues no faltaría más!—contestan á coro los visitantes.

Pero como han estado perdiendo un tiempo precioso, resulta que Pezuñín tiene que cerrar los baúles de prisa y corriendo y deja caer la tapa sobre el niño de la viuda, que pone el grito en el cielo.

Aún falta hacer el lío de las mantas y encerrar al gato y hablar con la portera para que le compré cordilla, y guardar la merienda y vestir al niño chiquitín, que anda por casa con una bota si y otra no.

—¡Jesús! ¡Qué apuros!

Por fin los viajeros consiguen verse en la estación, y en tonces la señora de Pezuñín se da una palmada en la frente y dice:

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Qué?—pregunta el esposo.

—Que con las malditas visitas me he dejado sobre la mesa las llaves de los baúles.

—¡Redíos!...

Luis Taboada.

## Pax vobis.

Por si un trato de suelo es tigre ó min  
viven los hombres en constante guerra  
y se persiguen en la abrupta tierra  
y traga el mar navío tras navío.

Odio salvaje, criminal, impío  
en círculo de hierro nos encierra,  
y al disputarnos con tesón la tierra  
se queda el campo estéril y baldío.

Patriotismo, valor, gloria, hidalguía,  
todo el vocabulario *incandescente*  
podrá ser falsedad y tontería  
en cuanto salga de su error la gente—  
pero anda, y que protesten cualquier día  
los millones de muertos fantasmáticos.

Sinesio Delgado.

## LA VÍA LÁCTEA

Aunque así nadie la nombra,  
para mí esa vía está  
en la acera de la sombra  
de la calle de Alcalá.  
El día que tengas gana  
pásate, lector querido,  
á las diez de la mañana  
por el punto referido,  
y allí verás en un rato  
amas de cría sin cuento  
que sin pizca de recato  
dan de beber al sediento.  
Murmurando (y no entre dientes)  
de las mamás de los chicos  
y luciendo unos pendientes  
y unos collares muy ricos,  
pasean de arriba á abajo  
y viceversa después  
las que con tanto trabajo  
y tanto desinterés  
dan de chupar á chiquillos,  
que logran, como sabrás,  
ver chupados los bolsillos  
de sus cándidos papás.  
¡Qué gallegas más ladinas!  
¡Qué modelos de honradez!  
¡Qué vacas santanderinas  
de nueve arrobas ó diez!  
¡Ostentan cada galón  
hasta en sus ropas más malas!...  
¡Claro está! ¡Como que son  
capitanas generales!  
Reinas del líquido blanco,  
ya sueltas, ó ya en cuadrilla,  
se pasean desde el Banco  
á la calle de Sevilla,  
y allí ves más de un guasón  
que las mira de hito en hito.  
¡Para todo hay afición  
en este Madrid bendito!  
Algunos, es evidente  
que tras las nodrizas van  
y no á oír precisamente  
las risotadas que dan,  
ni á ver si llevan collares,  
falditas galoneadas,  
narices irregulares  
ó cofias almidonadas.  
Será aquello una delicia,  
nadie lo puede negar,  
mas, pensando con malicia,  
bien se puede asegurar  
que no pondría los pies  
allí ningún señorito  
si de pronto los bebés  
perdieran el apetito.  
Conque si en astronomía  
oyes nombrar ¡oh lector!  
la *vía láctea*, la vía  
más sustanciosa y mejor,  
aunque así nadie la nombra,  
tú ya sabes dónde está:  
en la acera de la sombra  
de la calle de Alcalá.

Juan Piz; Süniga.



## HUMORADAS CÓMICAS

No vayas con el manco hacia el barranco,  
que aunque parece manco no es tan manco.

¿Qué tendrán las mujeres  
de los amigos,  
que gustan más á solas  
que con testigos?

Siempre que bajo al huerto con la Lola  
me parece más verde la escarola.

No juegues con el chico  
de la Tomasa,  
que aunque parece tonto  
se mete en casa.

¡Si sabrán en el pueblo cualquier día  
que mi tía es mi tía y no es mi tía!

## A GRANDES MALES... (CUENTO SIN PALABRAS)



1



2



3



4

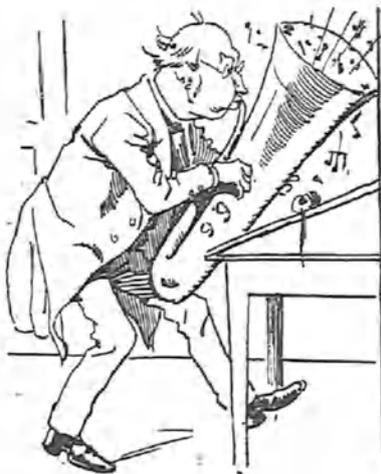




5



6



7



8

No vayas con mantilla á la Bombilla,  
porque á muchas les rompen la mantilla

Mira, Inés, que los chulos  
son muy burlescos.  
Cuando te digan ¿pares?  
dí tú que nones.

Hay curas que al echar las bendiciones  
parece que reparten bofetones.

Me han dicho que dormido  
me pongo feo,  
y aunque duermo ojo alerta,  
nunca me veo.

¡Me indigna la conducta de las botas!  
¡Por qué se han de reir cuando están rotas!

Ayer por la mañana  
te vi con Rita.  
¡Como se va poniendo  
la pobrecita!

¡Vaya si vale la mujer de Arturo!  
Nunca se vuelve á casa sin un dero.

Constantino Gil.

### Exposición.

También es de pintura,  
mas sin convocatorias,  
ni jueces oficiales  
ni críticos de nota.

Esta es la permanente,  
aunque hay solemnes horas  
en que los cuadros vivos  
brillan con luz más propia.

No falta Mariquita  
á la función de moda,  
para que todos vean  
cómo se pinta sola.

Morena Dios la quiso  
y ella, de puro tonta,  
enmienda á Dios la plana  
con puños de pintora.

y da al trigüño rostro  
blancura de escayola,  
y en sus cabellos quiere  
falsificar la aurora.

Con esos reactivos  
pretende una jamona  
borrar un par de lustros  
de su sabida historia,  
y en público le dicen  
las risas que provoca  
que es rebeldes á la estafa  
la plata que ella dora.

Un duque ceji-calvo  
que de don Juan blasona,  
por pelear en público  
con tinta se retoca.

y aspira á un primer premio  
que acaso al fin recoja  
de alguna pelinegra  
que ya fué peli-torda.

En este *rima* artístico  
no todo es para broma;  
también hay quien se muestra  
pintor de su deshonra;

pues, de ladrón tachado,  
hay quien tapa las bocas  
con mano en que denuncian  
el robo ricas joyas.

Y en público se exponen,  
en cuadro que abochorna,  
maridos que se venden  
y amantes que se compran.

Del crimen en la Sala  
jamás nos faltan obras;  
á la honradez indignan  
y el deshonor las colran.

¡Misericordias de los unos,  
flaquezas de los otros,  
exposición perpetua  
que ofende más que asombra.

Eduardo Bustillo.



## El Gran Capitán.

(EPISODIO DE 1809)

I

Cada cual es dueño de poner su cariño donde le venga en mientes, y la verdad es que, aunque á primera vista parezca raro y fuera de lo natural, en objeto peor pudiera haberlo puesto la *Alondra*, que era el nombre con que, sin saber por qué, conocian todos á la chiqueta desmedrada y enteca que el bueno de Andrés Santoyo, el que fué herrador de Valcerneja, había dejado en el mundo sin más amparo que las buenas almas y sin más bienes de fortuna que docena y media mal contada de mejicanos envueltos en una calceta, y la casa en que vivía, que no valdría otro tanto el día de triste recordación en que una condenada bala francesa le mandó á reunirse con la tía Santoya, la compañera de su vida, muerta años atrás y precisamente á consecuencia de haber dado á luz á la que quiero que sea, ya que no protagonista, principalísima figura de mi cuento.

Pero, ahora que caigo, al decir que el herrador no había dejado á su hija otro capital que el ya mentado, he mentado por mitad de la barba. Para ella la alhaja de más valor, hasta si se quiere de inestimable precio, era un borriquillo ceniciento de tan pocos medros como su dueña, pero duro y resistente como un roble y sobre todo dotado de un caudal de ternuras y de reconocimientos que ya quisieran para sí muchos que se muestran orgullosos sólo por andar en dos pies menos que el



*Gran Capitán*, que, también sin que se me alcance la razón, era el pomposo apelativo con que se distinguía á aquel mísero individuo de la raza asna del resto de sus congéneres.

Por supuesto que en el amor, porque amor era aquello, de la *Alondra* hacia el pobre animal había el egoísmo consiguiente á todos los cariños, aun los más puros de la tierra. Lo que tiene es que tal egoísmo no no dimanaba de que, ora llevando cántaros de agua, ora conduciendo haces de gavillas y de leñas muertas sobre sus escualidos lomos, contribuyera el *Gran Capitán* á que su ama viviera con más ó menos holguras. Aquel sentimiento tenía algo más de espiritual y de desinteresado, si desinterés cabe en aquello que es egoísta de suyo.

Los diez y ocho años muy corridos de la pobre chiqueta le nacían sentir esa imperiosa necesidad de ser amada por alguien, de que son contados los que logran sustraerse, y como quiera que su falta absoluta de encantos, la miseria misma en que se veía sumida, la aislaron de todos, no encontrando quien alzara hasta ella los ojos como no fuera para escarnecer su fealdad ó para compadecer su pobreza, al cariño de su asno se había asido con la fe del náufrago que se aferra á la primer tabla que se le viene á la mano, sin reparar en que ésta sea más ó menos áspera.

Y áspero no era para ella el *Gran Capitán*. Todo lo contrario. Con delicadezas más que humanas lamia la mano que le tendía el mendrugo de pan que le servía de golosina; con ternuras infinitas se pasaba las horas enteras clavando sus ojos tristes y reflexivos en el nada atractivo semblante de la hija del tío Santoyo, sobre todo cuando éste se veía surcado por las lágrimas, y si como fidelísimo perro la seguía siempre que podía á todas partes, con lastimero rebuzno parecía llamarla cuando las necesidades de la vida alejaban algún espacio á la *Alondra* del único ser que se interesaba por ella en el mundo.

II

Semejante idilio debía ser por necesidad el menos propenso á acabarse ó á entenebrecerse, y sin embargo, como prueba de que nada es durable aquí abajo, los días malos llegaron muy pronto para el extraño y por demás pacífico enamorado.

La naturaleza, venciendo obstáculos, si no consiguió reformarle por entero, corrigió mucho el físico de la *Alondra*. Atrasadas exuberancias, brotando de pronto, disimularon ángulos y dieron redondeces y tersuras á su cuerpo, que dejó de ser sarmentoso y seco como espárrago agostado; con la mayor cantidad de sangre desapareció el color empañado y verdoso de sus mejillas, que acabaron por no carecer de cierta frescura, y la hija del tío Santoyo, si no una buena moza—que de esto distaba mucho,—quedó trocada por lo menos en una mujer bastante aceptable.

Y claro es, como ni los tiempos andaban para muchos peligros, ni los que están hechos á toda suerte de penalidades y abstinencias suelen tener el paladar muy delicado que digamos, cierto bravo mozo, jefe de una de las partidas que operaban en la comarca contra el francés, se fijó en la muchacha, á ella no le pareció costal de paja el guerrillero y, vertiéndose de pronto hacia aquel lado todas las ternuras, Antón Rebujales, más conocido por el *Cajuelo de Matas muertas*, quedó de hecho y de derecho convertido en heredero y sucesor del poco afortunado *Gran Capitán*, que, debido á esto sin duda, dió en enflaquecer y desmejorarse con la misma prisa con que su ama se reponía, y hasta si se quiere hermozeaba.

Cierto es que al simpático animal nada le faltaba de lo que á la materia toca. El cuidado era el mismo, ni las caricias siquiera debía echar de menos; pero éstas estaban hechas de modo tan distinto de antes, era tal la distracción con que le tendía ahora la huérfana del herrador aquel bocadillo de pan que antes le sabía tan dulce, que el desdichado comprendía de sobra que, si nadie le disputaba el puesto en el establo, le había robado para siempre el lugar que ocupaba en el corazón de aquella, porque no había sacrificio que se le hiciera costoso.

La lágrima que cuando presenciaba los tiernos coloquios de la *Alondra* y el guerrillero se asomaba á sus ojos, como nunca tristes, decía bien claro que aquello era superior á sus fuerzas.

## III

Verdad es que para la *Alondra* tampoco era todo flores. Las victorias alcanzadas por Antón Rebujales sobre los invasores de nuestro suelo le habían conquistado alta fama de valeroso y entendido en cosas de estrategia; pero también habían acabado por traerle á mal traer.

Los franceses, sobrado castigados por los atrevidos golpes de mano del mozo, habían resuelto acabar con él, y, aprovechando el aislamiento en que por aquel entonces habían dejado á su partida las otras que andaban por la comarca, resolvieron acorralarle, para cogerle en su propia madriguera.

Con este propósito, le habían obligado, empleando fuerzas muy superiores á la suya, á encerrarse en Valcerneja, y á un asedio en toda regla tenían sometido al menguado y casi indefensible lugarejo.

Antón no dudó en dar cuenta á su amada de lo desesperado de la situación en que se veía. Sin romper las líneas enemigas era imposible buscar el apoyo de tropa alguna adicta á la causa nacional, y tratar de forzarlas era empresa tan temeraria como inútil. Aguardar más tiempo se hacía ya imposible. Para el día siguiente disponían los franceses el ataque contra el pueblo, y la resistencia sólo podía durar escasas horas.

—No hay más que resignarse á morir, vendiendo todo lo caro posible la vida—dijo Antón como término de su plática.

Pero la *Alondra* rompió á llorar con tan hondo y sincero consuelo, que el guerrillero, que jamás había temblado ante las balas, palideció de un modo horrible.



—Tengo una idea—exclamó de pronto.—Un poco duro ha de ser para ti el sacrificio, pero en tu mano está el que se busca el único vado posible. ¿Ves ese burro?—añadió, fijándose en el *Gran Capitán*.—A él puede encomendarse un golpe de audacia, arriesgado, sí, pero no del todo descabellado. Oyeme bien. Pólvora y balas nos sobran. Ese animal puede llevar sobre

sus lomos una carga respetable, y en esa carga puede haber una mecha que, graduada debidamente, produzca la explosión en el momento mismo de llegar á las líneas enemigas. Si esto sucede, si el estupor y el desorden que es de esperar se produce entre los gabachos, lo demás corre de mi cuenta y de la de mi gente. Ahora tú dirás. ¿Puedo disponer del asno?

La *Alondra* miró al jumento, que bajaba las orejas como resignado, y la verdad es que sus ojos se llenaron de lágrimas. —Si me pidieras la última gota de mi sangre, tuya sería. ¡Haz lo que quieras!—se limitó á contestar.

Rebujales la estrechó contra su corazón, y salió á disponerlo todo.

## IV

Algunas horas después, una espantosa detonación se oía á corta distancia del pueblo, seguida de un nutrido fuego de fusilería, que antes de media hora había cesado por completo.

La *Alondra*, que, pegada á las últimas casas del lugar, parecía querer penetrar con la mirada el fondo de las tinieblas, exclamó por fin:

—¡Está en salvo!

Y la luna, que en aquel momento salía de entre los espesos nubarrones que entoldaban el cielo, iluminó su rostro casi hermoso en aquella sazón, merced á las llamaradas de felicidad que le inundaban.

Pero no fué sólo aquello lo que dejó ver el astro de la noche. Casi al mismo tiempo de sonar aquel grito, salido del fondo del alma de la hija de Andrés Santoyo, una masa informe y sangrienta caía á los pies de la *Alondra*.



Era el *Gran Capitán*, que, menos afortunado que su homónimo lo fué en otras edades en *Garellano* y *Cerínola*, pagaba con la vida la señalada victoria que merced á él habían conseguido los españoles.

Por haber por última vez aquella mano querida, se había arrastrado expirante hasta el pueblo. Una vez conseguido esto, la vida le era inútil.

Al verle caer para no volver á alzarse ya, su ama sólo tuvo para él una frase:

—¡Pobre animal!

Y corrió á su casa loca de contento, al pensar en qué, por lo menos, de aquella había escapado su adorado Antón.

## V

Á los dos meses escasos, Antón Rebujales, más conocido por el *Cajuelo de Mata-muertas*, desvanecido por los distinciones de que le hacía objeto la Junta Suprema, no se acordaba de la *Alondra* más que del primer cartucho quemado en aquella guerra tan dura como gloriosa.

Al *Gran Capitán* no le hubiera sucedido lo mismo. Todos los honores del mundo no le hubieran hecho olvidar aquel mendrugo de pan ofrecido por la mano de la chiquilla enteca y desmembrada que dejó en el mayor desamparo el herrador de Valcerneja.

Pero es natural. ¡Hay tanta diferencia de un burro á un hombre!

Empeño R. Elvares.

## Actualidades.



—El caso es que con este sistema que ha adoptado el Gobierno de dar cruces y no comprar los cuadros, á la vuelta de unos cuantos meses nos vamos á encontrar con que no tenemos ropa donde poner las cruces.

## Arbol caido.

No es que intente discurtirte lo limpio de tus blasones, tu nobleza, ni tu alcurnia, ni tu prosapia, vizconde; y aunque no hallo diferencias en la sangre de los hombres, quede de azul reputada la que por tus venas corre; á bien que yo formo parte del *pópulo* vulgarote y me río de los peces y las sangres de colores.

Pero no es éste el motivo que frente á frente me pone de la cspetada persona que lleva tu ilustre nombre.

Malas lenguas aseguran y buenos oídos oyen que no tienes dos pesetas ni quien te las dé, vizconde; y como, por mi fortuna, yo te veo día y noche en paseos y en tentos, luciendo tu airoso porte,

y como consta asimismo que asistes á reuniones vestido correctamente con frac, levita ó smockin, la verdad, cuesta trabajo dar crédito á las versiones con que este Madrid polilla los pergaminos te roe.

Pero es así; lo aseguran más de diez y más de doce con historias sazonadas de incitantes pormenores. Falano te echa la cuenta de los garbanzos que comes y asegura, por su vida, que no pasan de catorce.

Tus alegres compañeros de mesa, en tiempos mejores, dicen que el Fornos de antaño en Petit-Fornos trocóse.

Y te examinan el traje y se hacen cargo de un golpe, quién del brillo de los codos, quién de lo antiguo del corte;

y, en fin, hasta se asegura que tu meñique ocultóse con vendas á las miradas de los que bien te conocen, no por grave panadizo, como tú dijiste entonces, sino por tapar la falta de *aquel* solitario enorme. Y aunque no son estas cosas ni todas ni las mayores que malas lenguas murmuran y buenos oídos oyen,

para que te hagas el cargo del ridículo que corres, ahí te mando como muestras los referidos botones.

Déjate, pues, de bobadas y de títulos, vizconde, y cómprate una chaqueta del producto del smockin.

Que si de tal modo cortan tus ramas los leñadores, árbol caído, ¿de poco te sirve que fueras robie!

Antonio Montalbán.

## CHISMES Y CUENTOS.

Convengamos en que el presupuesto de clases pasivas abruma á la nación.

De modo que es cosa de echar las campanas á vuelo por lo siguiente:

«La supresión de los derechos pasivos para los que entren en la administración desde 1.º de Julio en adelante...»

Parece que el párrafo ha de concluir diciendo que ha parecido perfectamente á todos los ciudadanos españoles, que á consecuencia de la supresión ven el porvenir más despejado. Pues no, señor, no acaba así. Acaba de esta otra manera:

«...no puede tener efectos beneficiosos para el Estado hasta dentro de veinte años, y antes se habrá modificado ese artículo, aprobado recientemente.»

Lo que quiere decir que no debemos hacernos ilusiones, porque ¿para qué hemos de sembrar si el fruto no se recogerá hasta dentro de veinte años? ¡No parece sino que veinte años son la eternidad!

Además, esa coletilla parece puesta para consolar á alguien, ó como garantía de que no se llegará á cumplir el artículo.

Y sigue:

«Hay una enmienda de los diputados militares manteniendo el *statu quo* para todas las clases é institutos del ejército.»

¡Ah, vamos! ¡Ahora lo comprendo todo!

De modo que los señores diputados militares no sólo miran por sí y por sus hijos, sino por los que no son militares todavía, y por consiguiente pueden optar por no ser militares y dedicarse á otra cosa.

Lo cual es el colmo.

Y termina el suelto:

«Pero repetimos que de aquí á veinte años, en que podrá el Estado beneficiarse de la reforma, ya otras leyes de Parlamentos futuros habrán dado nuevas resoluciones y fallos al problema.»

¡Va lo ereo! El corte de cuentas, que es á lo que vamos á parar sin remedio.

Porque las *clases directoras*, como dice el compañero Iglesias, están tocando el violón hace mucho tiempo.

La mujer enamorada  
que niega un beso de amor,  
ni tiene perdón del novio,  
ni tiene perdón de Dios.

JUAN G. CAMINERO.

¿Han visitado ustedes la Exposición de Bellas Artes?  
Pues... no les extrañará á ustedes la algarada que se ha movido con motivo del reparto de las medallas.

Lo que les extrañará á ustedes probablemente es que se hayan adjudicado medallas de ninguna clase.

Gemía ronco el viento,  
y yo le dije con sentido halago:  
—¿Qué motiva tu lúgubre lamento?  
Y contestó al momento:  
—¡Que haya poetas que me llamen *vago*!

BERNARDO REY RUBIANES.

En la Junta general de accionistas de los ferrocarriles del Norte «se leyó una extensa memoria en la que se exponen los resultados de la explotación durante el año 1894, que arrojan un total de ingreso de 85.763.217 pesetas, contra una suma de gastos de 36.993.594; lo cual da un producto neto de 48.769.623.»

Esto me ha llenado de júbilo. Porque yo creí que los accionistas estaban poniendo dinero de su bolsillo, y por eso pedían auxilios al Gobierno; pero resulta que han ganado más de cuarenta y ocho millones de pesetas.

Así es que no puedo atar la mosca por el rabo.

Un jugador incesante,  
cuando estaba en la agonía,  
por decir «voy á la tumba»,  
exclamó: «¡voy á la *timba*!»

ALEJANDRO NIETO.

## Libros:

*Indicador oficial de Correos*, por el distinguido oficial del cuerpo don José Santandrea. Libro utilísimo en las administraciones de periódicos, casas de banca y comercio, etc., etc. Contiene cuantos datos son necesarios para dirigir la correspondencia, cajas, tarifas, indicaciones, cuantos detalles son necesarios.

*Elementos de agricultura*, poemita didáctico por D. José María Gutiérrez de Alba. En forma amena y á propósito para grabarse en la memoria, el distinguido y antiguo publicista da en este folleto acertados y útiles consejos á los agricultores. Precio: 50 céntimos.

*Cuentos militares*, por el general D. Juan Salcedo. Así se titula una colección de composiciones en verso en que se relatan, con sencillez y verdadero sentimiento, lanceos y episodios, tiernos y patéticos en su mayor parte, de la vida de cuartel y campaña. El producto de la edición, una vez cubiertos los gastos, se destina á los huérfanos del ejército, á los cuales dedica el general su libro en sentidas frases. Ilustran los cuentos muchos fotograbados de dibujos de Picolo.

*El dominio del capital*. Conferencia dada en el Círculo de contribuyentes de Alcalá de Henares, por el distinguido ingeniero y fecundo escritor D. Rafael Alvarez Sereix.

*El cabo primero*, zarzuela cómica en un acto, original de D. Carlos Arniches y D. Celso Lucio, música del maestro Caballero, estrenada recientemente con gran éxito en el Teatro de Apolo.

*Maria-Cruz*, novela de nuestro colaborador Luis de Ansorena. Hace tiempo tuvimos el honor de adelantar un capítulo de esta obra, muestra del estilo gallardo y enérgico que la avalora extraordinariamente. Conocido es y apreciado por nuestros lectores, como poeta y como cuentista, el autor de *Maria-Cruz*, y en gran estima le tiene como novelista el público, que agotó en pocos días una copiosa edición de *La Fea*. Es, pues, inútil que recomendemos este nuevo libro. Se venderá mucho y pronto. Sólo nos toca participar á ustedes que cuesta tres pesetas y que podemos servir los pedidos que se nos hagan.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Un chiflado*.—Que no lo parece ni mucho menos, porque escribe versos á su gato, con la gracia adjunta:

«Tengo un gato, que no es gato,  
es una cosa dibina  
es un gato que adivina  
casi como si fuera un... pato.  
Es retozon y se entrega  
á jugar con las gayinas  
y muchas veces se empina  
sobre la baranda, y ciega.  
El otro día cojió  
una mosca, y esto fué al huelo  
y en seguida la comió  
y se quedó el gato al pelo.»

Y de salud le sirva. ¡Valiente guason está usted! Eso se adivina aunque uno no sea un pato ni mucho menos.

*Un aprendiz de gramática*.—Quieren ser epigramas, pero no tienen la menor intención malévola ó chistosa, que es el requisito indispensable.

Sr. D. A. S. Siento tener que decir en todos los números que no conviene que imiten ustedes á López Silva.

Sr. D. C. R. D.—Piquísima novedad tienen los cantares. Y el primero... ¿quién es capaz de cantar el primero?

«Servidor».—Y picapódiro; que no versifica mal. Pero el asunto es una pequeñez.

Sr. D. C. M.—Flejita. *Témico y cómico*... díjese usted bien no son muy consonantes que digamos.

Sr. D. C. S. L.—No me meto en juzgar el artículo. Me concreto á repetir que ¡ay! no podemos admitir prosa.

D. Alcalá 60.—¿Versos me dice  
que manda? ¡Cielos!  
¡Pues si parece  
que no son versos!

Sr. D. S. P. A.—Creo que bastará escribir: «Dr. Thebussem, Medina Sidonia».

Sr. D. N. P. G.—Algo mejor está de forma el romance de la carta que la silva del cuento. En ésta todo se vuelve aconsonancias y versitos flojos.

Sr. D. J. A. O.—La carta... pues verá usted: la carta quiere estar en romance y no lo está, porque aconsonanta usted todos los versos pares y suena á demonios. Las otras dos cosas son franca y decididamente para ella sola.

*Manchón y N.*—Todos no, porque son vulgares, pero publicaremos uno, ¡qué diantre!

«Tú te has dado en perseguirme  
yo me he dado en no quererte  
porque tienes una... pierna  
que ni el vecino de enfrente.»

Pero sin conocer al vecino de enfrente ¿quién se pone á hacer cálculos?

Sr. D. R. M.—Un poquito endeble la forma, y un muchito *pasado* los asuntos.

*El oleador*.—La sabia Providencia le conserve á usted la gana de broma, aunque no sea más que hasta que se resuelva la cuestión vinícola.

*El Guerra*.—¡También tiene buen humor  
su tío el registrador!  
¡Yo no he visto una cuarteta  
más bonita y más discreta!

*Colibri*.—¡No, por Dios! que por mí no se prive la patria de una de sus glorias. Siga usted escribiendo... en los periódicos de la localidad.

*Dos nocturnos*.—Sólo tengo que decir una cosa. Que el verso «Amar, vivir, ser amada... ¿qué más quieres?» resulta un poquillo largo, aunque se le quiten los puntos suspensivos.

*Narcota*.—Mándela de nuevo firmada.

*Alaulfo*.—No es nueva la idea, pero podría pasar si tuviera otra forma. Esa es un poco violenta y forzada de suyo.

*Ela*.—Vulgar el asunto, y vulgar el romance. La primera parte de la silva no tiene objeto, porque hace mucho tiempo que no se fija el éxito de las obras á la exhibición de pastorillas. En ese punto no hay que fiarse de los revisores que viven atrasados en un cuarto de siglo.

P. P. T.—Todavía no puede publicarse eso. Esperemos tres ó cuatro años á ver si se afina el gusto del público.

*Beriva*.—Son demasiado quejumbrosos efectivamente.

«Servidor».—La primera ó, señor; mándela firmada de nuevo.

Sr. D. F. A.—Aunque pretende tener algunas picardías, el asunto es inocente de puro gustado.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑIA COLONIAL**  
TAPIOCA TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPOSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

## PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fernánlez, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAÑO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1921.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 10 duplicada.—Teléfono núm. 334.